

## Los Libros

POR LOS VALORES ESPIRITUALES, por *Enrique Molina*.—  
Editorial Nascimento

La meditación sobre la esencia de las cosas y las leyes generales de la evolución de la vida no se aviene bien con la mentalidad formalista y superficial de la raza hispano-americana. Para el criollo de este continente sólo el mundo visible existe. Vive sumergido en las múltiples y deslumbradoras apariencias de una naturaleza exhuberante, que aturde sus sentidos con torrentes de imágenes y no le deja tiempo para pensar en las afinidades ocultas, las semejanzas misteriosas, en las leyes y principios recónditos que forman e informan el hacinamiento de los hechos. Sin el hilo conductor de la casualidad la masa de los fenómenos es un laberinto inextricable. Si nuestra brújula interior no apunta al polo magnético de la unidad, nos perdemos sin remedio en el mare mágnum de los acontecimientos. El sudamericano pocas veces asciende de los hechos a las abstracciones y principios, no toma perspectiva de tiempo y espacio para mirar sus pequeños problemas en el panorama de los pueblos y las razas, para considerar el momento que vive en el vertiginoso devenir de las centurias. Es por esto que abundan aquí los especialistas, los hombres aislados en pequeñas parcelas del conocimiento, que no se alzan sobre las colinas que cercan su horizonte para recibir en el rostro el azote vivo de «los vientos que vienen y que van de infinito a infinito».

La escasa facultad de síntesis, unificadora y creadora de nuestra mente, y la esteril tendencia al análisis, se manifiestan en todos los aspectos de nuestra vida: En la política con el caudillismo, la subdivisión partidista, la tendencia a la oposición y resistencia, el odio y desprestigio del gobernante convertidos en axioma; en la vida social por un terco individualismo, refractario a la organización cordial, a la cooperación fecunda; en literatura por el predominio de la historia documental sobre la filosofía, del realismo sobre la imaginación, de la forma sobre el fondo en todos los géneros, pues las escuelas poéticas que se disputan la actualidad son pleitos de estilo a los que no llega la corriente vital de una renovación interior. Nuestros poetas no hacen más que sobreponer vistosos disfraces a una momia.

Pero no analicemos demasiado. No todos son temas de desaliento alrededor. Tenemos la grandeza ciclópea de las montañas, los ríos y océanos, energía en potencia, belleza inmóvil que habrá de circular caudalosa en las venas del porvenir. Muchos hombres se han levantado sobre las querellas locales para vislumbrar los grandes rumbos que pueden unirnos a todos. Después de los fundadores de nuestras nacionalidades, que supieron concertar y realizar una acción conjunta y soñaron con la América unida, tenemos a los luchadores por una cultura propia que nos dieron carta de ciudadanía en el mundo civilizado; Bello, Montalvo, Sarmiento, Rodó. Y sin bajar de este nivel llegamos naturalmente a Enrique Molina, a pesar de la sorpresa que pueda causar la presencia de un contemporáneo, que puede toparse a la vuelta de una esquina, entre esas sombras augustas.

Enrique Molina es uno de los pocos filósofos sudamericanos. No sabemos que haya formulado alguna teoría sobre la naturaleza y las posibilidades del conocimiento, sobre la estructura del Universo, sobre la ecuación entre la materia y el espíritu. Pero se ha ocupado en forma lúcida y apasionada

de éstos y los problemas que han ocupado a los hombres en todos los tiempos, aportando visiones y soluciones propias. Emerson y Rodó, que nosotros sepamos, tampoco formularon teorías filosóficas, pero iluminaron con su saber y su curiosidad infatigable muchas zonas oscuras de la experiencia, y entregaron a los hombres un balance limpio, con sus partidas ordenadas, de sus haberes remotos.

Si hay en la filosofía un campo que apasione al señor Molina, al que ha dado su atención preferente y teñido la índole de su genio, es la ética, la moral, la ciencia de la vida. A través de toda su obra se advierte su inclinación a los hombres que han refundido las conquistas del saber en normas de conducta, en evangelios de dignificación de la vida, en un catecismo de exaltación de la espiritualidad. Si le entusiasman y sigue con destreza a los grandes pensadores que han disipado las tinieblas de la ignorancia y el error, como Platón, Aristóteles, Bacon, Kant, Bergson, se siente que su preferencia cordial está con los orientadores de la conducta, con los guías que plasmaron en conclusiones prácticas para el perfeccionamiento humano las luces del conocimiento. Epicteto. Marco Aurelio, Spencer, Guyau, Goethe. La investigación de la verdad es el hecho fundamental de la historia, y en el futuro sólo merecerán un recuerdo los pueblos y los hombres que hayan contribuido a la superación del saber, pero la verdad recibe su prueba de fuego, su experiencia crucial, cuando se la aplica a la vida y se establece su capacidad para mejorar el alma humana, sólo es verdadero lo que puede traducirse en un triunfo del espíritu sobre la materia.

Por los Valores Espirituales es uno de los libros fundamentales del señor Molina. Si no tiene por el tema la unidad de La Herencia Moral de la Filosofía Griega, Proyecciones de la Intuición o De Lo Espiritual En La Vida Humana; tiene la unidad interior que le presta la vigorosa personalidad del autor y sus cualidades esenciales: la diafanidad del estilo,

que tan pronto se proyecta en haz luminoso sobre los asuntos más abstrusos, como se inflama para quemar los vicios y extravíos, o se irisa en la policromía musical de las imágenes: la honestidad intelectual, que lo lleva a buscar afanosamente todo lo noble y bello en el haber inmemorial de la humanidad, para entregarlo sencillamente al lector, sin énfasis alguno; la serenidad que le permite descender a la caliente arena de las luchas actuales, sin convencionalismos ni prejuicios, con inquebrantable voluntad de justicia; su afán de superación que lo lleva a enfocar el largo y penoso proceso de la evolución humana como una aplicación acelerada de los valores espirituales de justicia, bondad, verdad, belleza, al torbellino de las pasiones y los instintos.

También revela en la obra el señor Molina una gran aptitud polémica, como ser en su debate con Leopoldo Lugones sobre la hora de la justicia y la hora de la espada. Hasta los santos han tenido que adiestrarse en la esgrima para cercenar las cabezas de los monstruos.

Es imposible dar una idea del nutrido contenido del libro en estas líneas. Sólo podemos decir que su lectura es un deleite sostenido en que nos seduce el artista y nos descubre nuevos horizontes el pensador. Hay fuerza convincente, agudeza de análisis y visión general de las líneas de la evolución estética en su refutación de la deshumanización del arte. Los temas relativos a la función de la cultura y el escritor en la sociedad, al nacionalismo y la solidaridad, a la necesidad de una conciencia moral y jurídica, a la psicología de los libros, están tratados en forma magistralmente sencilla, dilucidados con tal claridad y buen juicio que uno se extraña que se haya podido pensar de otra manera sobre estas cosas y formarse tanto litigio a su alrededor. El ensayo sobre Goethe es definitivo y creo que lo mejor que se haya escrito entre nosotros sobre el genio alemán. Del Arte y la Belleza es un diálogo socrático de mucha hermosura y trascendencia, capaz de conferir rango ar-

tístico al Cerro Caracol en que discurre. No dudamos en parangonarlo con *El Crítico como Artista*, de Wilde. El estudio sobre América Hispana y Waldo Franck es un paralelo decisivo sobre las culturas de Norte y Sur América. En general no hay página perdida en el volumen, y lo recomendamos como utilísimo breviario para la juventud y para los que tengan incertidumbre sobre el devenir de la civilización, ya que el señor Molina lucha por formar generaciones de corazón y pensamiento generosos. No acertaríamos a hacer del señor Molina semblanza más acabada que aplicarle sus propias palabras a don Maximiliano Salas Marchán.

En el terremoto que asoló la Frontera, mientras se derrumbaban los edificios alrededor, la Universidad de Concepción, creada por el entusiasmo de don Enrique Molina, permaneció incólume y erguida. No dudamos que la obra intelectual del señor Molina, por su firme e ingrátida estructura, resistirá con igual constancia los embates del tiempo y las pasiones.—DAVID PERRY B.



ESTUDIOS DE LITERATURA CHILENA, por *Domingo Melfi D.*—  
(Primera serie).—Nascimento. Santiago, 1938

Nuestra crítica literaria vive envuelta en una atmósfera pesada de erudición y vulgaridad. Dedicamos luengo espacio a los estudios minuciosos y densos sobre temas que se caen de las manos por los aburridos y mecánicos. Rastrea hasta la saciedad en los orígenes y las fuentes de los autores. Acumula fichas y ficheros con tenacidad ejemplar. Se aleja de los asuntos vitales y olvida la interpretación y el ensayo modernos de calidad humana. Para ella no existen ni el hombre ni el paisaje.

Reaccionando contra tal tipo de crítica, inficionada de los modelos españoles del siglo XIX, se ha levantado Domingo